

Homenaje a la Antigüedad académica

La Mesa del Instituto de España ofreció el Homenaje instituido al Académico más antiguo que no lo hubiera recibido. El turno correspondió este año —1977— al Numerario de nuestra Academia Excmo. Sr. don Salvador de Madariaga.

El 28 de diciembre tuvo lugar en la sede del Instituto el acto de Homenaje, consistente éste en la entrega de una bandeja de plata para perpetuar la Conmemoración. Por razón de ausencia forzosa, el Sr. Madariaga delegó en su hermana doña Pilar, quien leyó un mensaje enviado por el homenajeado.

En nombre de la Mesa, el representante en ella de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, don Carlos Ruiz del Castillo, Vicepresidente primero del Instituto, hizo la ofrenda con el siguiente discurso, firmado por todos los Miembros de la Mesa, con anterioridad a la entrega, que hizo el Presidente don Manuel Lora Tamayo.

Prescribe el Reglamento del Instituto de España que en el mes de Diciembre de cada año, se tribute un Homenaje al Numerario más antiguo de las Reales Academias Nacionales que lo consituyen.

Nos congregamos así hoy en cumplimiento de una norma. Pero este acto, en su propia sencillez, no puede reducirse a la observancia de un trámite, por más que lo inspire un propósito del que emana cálido valor humano. El Homenaje comporta la asociación de una persona y una obra enaltecidas por el reconocimiento corporativo y exaltadas por su significación.

Corresponde en este año, rendir el Homenaje a una gran figura académica: la de don Salvador de Madariaga. No puede estar

entre nosotros y ha dejado constancia del sentimiento que le produce su involuntaria inasistencia. Pero en esta ocasión, la ausencia no está suplida por el conducto personero de la representación habitual —modo de hacerse presente sin estar presente—, sino que se trueca en prolongación, y no figuración, de la persona conmemorada, pues equivale a identidad, en la doble acepción del espíritu y de la sangre, la presencia de su hermana, designada para dar testimonio de entrañable vinculación. Gracias a lo cual, nuestro recuerdo desvanece la evocación porque se transmuta en virtualidad de una presencia.

Madariaga asume doble condición de Académico Numerario. Fue recibido en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el año de 1935. Pertenece a la Real Academia Española desde 1976. El tiempo comprendido entre ambas largas fechas no acota el desarrollo de su obra total. Comenzada ésta en los albores de la juventud, continúa aún como expresión de un espíritu que, a lo largo de una vida que ha logrado cotas tan altas, renueva incesantemente su lozanía.

Su personalidad, realmente polifacética, se despliega en una pluralidad de aptitudes que rebasan los límites de toda especialización. Resulta excepcional que un estudioso que se inicia formándose en el área de las Ciencias Exactas y Tecnológicas, cursadas hasta lograr titulación en la Escuela Politécnica de París, disperse también su vocación por el horizonte de las Ciencias humanísticas y culmine con efectiva brillantez en el ejercicio de las buenas letras. Es por lo mismo difícil, como consignó el Conde de Romanones en su Contestación al Discurso de recepción de nuestro Académico en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, perfilar la silueta intelectual de una personalidad tan compleja por la gran variedad de facetas que ofrece: ingeniero, profesor, poeta, ensayista, periodista, historiador, crítico, embajador, diputado, ministro... Luego, hace incursiones afortunadas por el campo de la creatividad literaria.

Tal riqueza de saberes y obras parece reencarnar a un hombre del Renacimiento. Con igual agilidad se aplica al análisis de figuras que ofrecen modelos literarios, como la Celestina, el Quijote o Calderón de la Barca, que traza cuadros históricos, tan penetrados a la vez de erudición y de emoción como los que describen la vida de Colón y las hazañas de un Hernán Cortés y de un Bolívar. Este hermanamiento de la psicología y de la historia luce en semblanzas como las que, captadas por una labor de introspección, dedica a “Mujeres españolas”.

Su don de lenguas —ha producido directamente obras en español, francés e inglés—, ha facilitado y ampliado su relación

con hombres y con tierras y se ha ejercitado en el trato con los libros universales. Así el políglota y el polígrafo se han aunado.

Durante sus largas permanencias en el extranjero, y especialmente en los períodos en que desempeñó funciones diplomáticas, anudó relaciones que, unidas a la observación directa de la vida internacional, con sus problemas y sus encrucijadas, le depararon excepcional información. Sin duda le ayudaron eficazmente a centrar su preferente preocupación en el tema de España. Viéndola desde dentro y desde fuera hinca la atención en el estudio del carácter nacional, y lo hace tanto en obra dispersa como en la monográfica, consagrada a lo español y al talante de los españoles. El tratamiento asiduo del tema y la propia experiencia personal le conducen a concluir, según se infiere, que la Nación no puede ser aprehendida intelectualmente, porque no consiste en un concepto, sino en una vivencia. Pues a esto equivale considerar que para que exista la Nación no es indispensable que una colectividad humana reúna los elementos que normalmente —eso sí— constituyen su unidad. Aduce a este propósito, —es de rigor alegarlo como ejemplo—, el caso de Suiza, Nación que no posee ni regularidad territorial ni unidad lingüística. Halla el vínculo nacional en un elemento que, siendo subjetivo, es eminentemente entrañable. Cabría considerarlo como el contenido de aquella “voluntad de vivir juntos” en la que tipificó Renan la Entidad nacional. Madariaga cree que la Nación existe cuando palpita como emoción en el alma de los nacionales. No importa que este contenido emocional no pueda ser definido —nos atreveríamos a comentar—. Aunque subjetivo, no es convencional, como no lo es el sentimiento amoroso, expresión de unión inefable.

Al margen de los avatares políticos, esa emoción de España es una constante en la obra de Madariaga y habría de inspirar, derramándose, el estudio de la epopeya americana como expresión del genio español.

El equilibrio y la ponderación mental se acreditan en el enjuiciamiento de las estructuras sociales. En este respecto, es un buen testimonio uno de sus libros —“¿Anarquía o Jerarquía?”—, publicado en una época crítica de la vida española.

Los Académicos, a quienes tópicamente —pobres de nosotros— se les atribuye condición de inmortales, no alcanzan otra duración que la que su obra les depare. La de Madariaga se sitúa ya en la cima que empareja con una larga existencia temporal y se alza como símbolo de un esfuerzo que comporta ejemplar fecundidad. Felizmente, el brazo sigue tenso en actitud de sembrador.

De este modo, el Homenaje que hoy rinde a Don Salvador de Madariaga el Instituto de España es un reconocimiento que sintoniza con la esperanza.